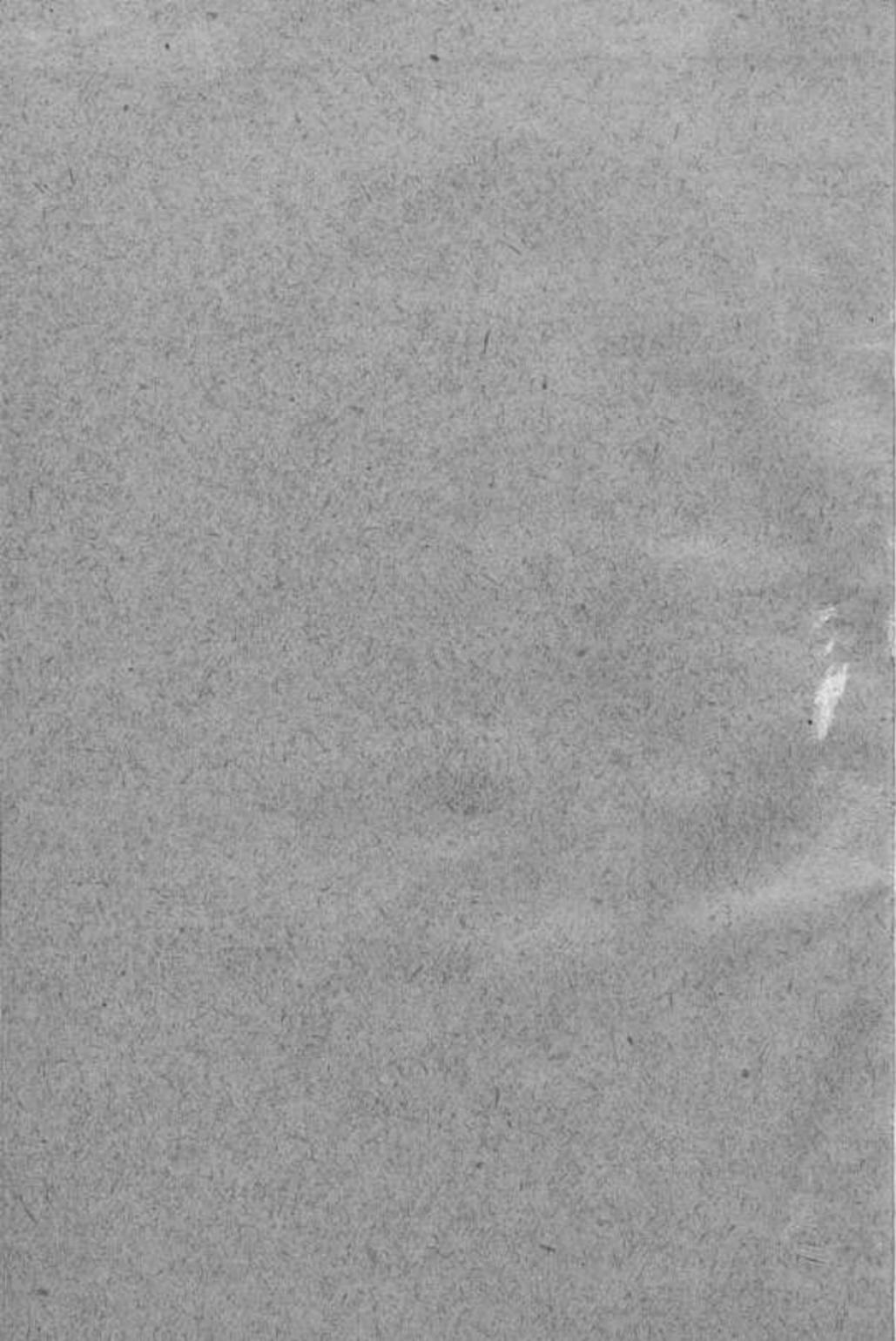


BELMONTE





LOS TRIBUNALES DEL

JUAN BELMONTE

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO



JUAN BELMONTE

Año I

30 cénts.

Núm. 3

1874

1874

1874

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION:

Calabria, 96 Barcelona Teléfono 175-H

Año I



Núm. 3

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



JUAN BELMONTE GARCIA

“El coloso de la emoción”

Relación documentada

por

Adolfo SÁNCHEZ CARRÈRE

Con este número se regala una postal
de JUAN BELMONTE

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

: Camino de su casa :

Cuando llegamos a la Puerta del Sol en busca de un treinta y uno que nos conduzca cerca de la casa de Belmonte, ya que hasta ella no hay tranvía que llegue, ni es posible tampoco (Belmonte habita cerca de la Groenlandia), lo que nos ocurre es verdaderamente insólito.

Figúrense ustedes que apenas llevamos treinta minutos de espera, cuando ¡zas! un treinta y uno que se aparece ante nuestros ojos. ¡Media hora solamente aguardando un tranvía! Digan ahora si el caso es o no digno de mención.

¡Y pensar que todavía hay quien se queja de la irregularidad y escasez del servicio!

¡Ganas de protestar que tienen algunos!

Estamos aún con un pie en el estribo, cuando el conductor, sin darnos tiempo a subir, arranca súbitamente, poniendo en grave peligro la integridad de nuestra pelleja, acción que nos obliga a reconocer el error en que se hallan cuantos afirman que los tranvías eléctricos andan sin «mulas».

A la hora, o cosa así, de haberlo tomado, nos apeamos en la espaciosa y dilatada rúa que Diego de León se denomina.

Es un día de puro invierno madrileño.

Las calles sin transeúntes esmaltan su soledad con la brillantez cristalina que el hielo pone en su asfaltado piso.

Allá lejos en el horizonte, dibújase la blanca melena del viejo Guadarrama que, desde su nevado lecho, exhala alientos de muerte.

Con las manos enguantadas sumidas en los bolsillos del gabán, recorreremos, a buen paso, el camino que nos resta para llegar frente al número sesenta y cuatro de la calle del Príncipe de Vergara.

Ya en el portal, la fortuna nos depara un grato encuentro: el de José Casado, notable e inteligente periodista que, como revistero taurino, popularizó en no lejana fecha el pseudónimo de «Don Pepe».

Antiguo y fraternal amigo nuestro, se presta con su bondad característica a servirnos de introductor cerca del famoso diestro que aquella misma tarde fué sacado del Sanatorio vecino, convaleciente aún de la dolorosa operación quirúrgica, sufrida pocos días antes, según nos dice el portero, el cual, mirándonos recelosamente, nos abre la puerta del ascensor con una cortesía impropia del oficio.

Antonio, el mozo de espadas, bonachón y simpático, nos guía hasta el aposento en que Juan, vistiendo claro pyjama y batín de paño obscuro tumbado a lo largo de un sofá, reposa; mientras charla animadamente con los amigos que le acompañan. Son éstos, el ilustre doctor Serrano, su médico habitual; Francisco Sancha, el notabilísimo dibujante, «as» de la caricatura; «Corinto y Oro», el prestigioso crítico de «La Voz», justamente considerado, por sus brillantes escritos, como una primera autoridad en la materia taurina; y Francisco Gómez Hidalgo, maestro de periodistas y valioso comediógrafo.

Echamos de menos la presencia de Ramón Pérez de Ayala, el novelista eminente, Luis de Tapia, el poeta satírico formidable y Fernando Gillis, el culto escritor y periodista, amigos íntimos e inseparables del trianero.

Hecha la presentación de rigor, Belmonte, con ingénuo cordialidad, nos tiende su mano, enflaquecida y pálida...

Contemplando la debilidad aparente de su cuerpo menudo y la lividez excesiva de su rostro moreno, el recuerdo de su asombrosa valentía y su maravilloso poder para con los toros, conmueve nuestro espíritu con emoción profunda.

¿Cómo es posible — nos preguntamos «in mente» — que este hombre desmedrado, en el ruedo sea capaz de dominar a una fiera?

Y así es, sin embargo.

Su valor incomparable y su arte inconfundible, en supremo consorcio, realizan el milagro.

Juan, con sus lances temerarios e inverosímiles vino a revolucionar el toreo, creando una nueva escuela de mérito positivo, y de peligro indudable...

El trajo la emoción máxima a la fiesta, toreando donde nadie y como nadie había jamás toreado; es decir, «metiéndose en el toro», pisando casi siempre su terreno...

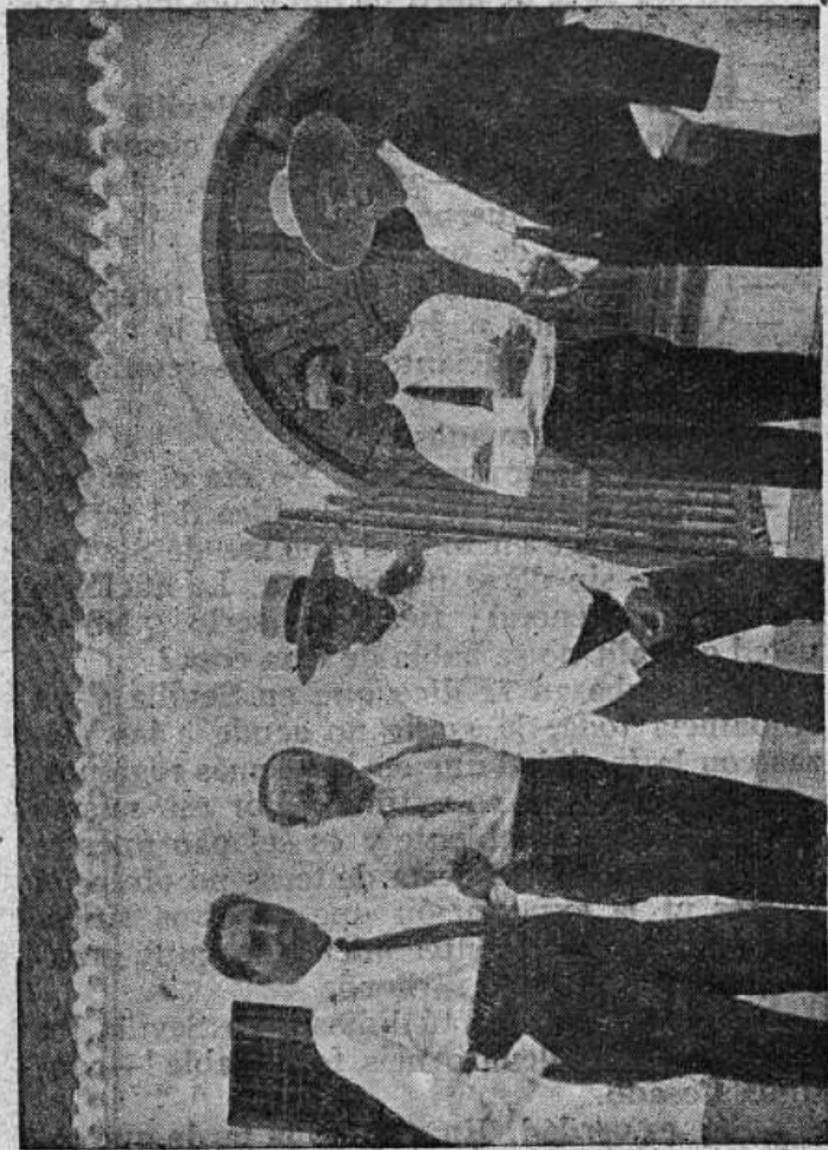
Por eso consiguió llegar a donde ha llegado sin que su fama decaiga, ni su crédito mengüe.

Y ahí está para convencer a aquellos que se atrevan a ponerlo en duda, cuantas veces le salga del chiquero un toro bravo que embista fuerte.

**El torero comienza a re-
: latar su vida :**

Enterado Belmonte de nuestros deseos, se incorpora trabajosamente en el sofá, dispuesto a responder a las preguntas.

—Puede usted empezar cuando guste—me dica.



Juan Belmonte acompañado de sus íntimos amigos los ilustres escritores
Pérez de Ayala, Luis de Tapia y Fernando Gillis

—Comenzaremos por el principio. ¿Nació usted...?

—El día doce de abril de mil ochocientos noventa y dos.

—¿Dónde?

—En el barrio de la Feria, de Sevilla.

—En la calle de Castilla, número ciento trece, para más detalles—añade Casado.

—¿Sus padres fueron...?

—Vendedores de quincalla.

—¿Y usted qué hacía antes de ser torero?

—Ayudar a mis padres, que bien lo necesitaban, para salir adelante, pues nos reuníamos doce de familia.

—¿Muchos hermanos?

—Nueve, y conmigo diez. Yo era el mayor.

—¿Cómo surgió en usted la idea del torero?

—Como surge en todo el que sea de Sevilla. Sin querer, sin darse uno cuenta. La afición a los toros es general; tiene que serlo. ¿No ve usted que allí no se habla de otra cosa?

—Sin embargo se dice que en Sevilla y en Andalucía toda, la gente no acude a las plazas con la facilidad que en las demás regiones.

—Cierto. Y no es extraño. Por eso mismo de que lo da el ambiente y es «el pan nuestro de cada día», allí la fiesta de toros no ofrece el interés ni la expectación que en otros sitios. Hace falta que el acontecimiento sea muy grande para que el circo se llene.

—Como el día que tú lidiaste en Sevilla los Miuras. ¡Qué llenazo más formidable!—consigna Casado.

—Sí; es verdad. En cambio la tarde que toréé por primera vez, mano a mano, con el inolvidable Joselito, a pesar de lo mucho que se venía esperando este encuentro y de la curiosidad enorme que había despertado, hubo una

buena entrada, pero no se llegó al lleno total.

—¿De forma que la afición entró en usted...?

—Por contagio. De oír hablar a mi padre, y a los amigos, y a todo el mundo, me entrarón ganas de saber lo que era eso.

—¿Y principió usted...?

—Ensayando con los chicos que se prestaban voluntariamente a servir de cornúpetos, manejando la consabida tabla con cuernos que suele utilizarse en casos tales.

—¿Y le sal a bien?

—Admirablemente. Al menos así me lo decían los espectadores. Y hasta el «toro» que muchas veces tiraba los cuernos al suelo para aplaudirme también. Cierta día un novillero ya consagrado se paró, al verme la «faena» que estaba yo haciendo en la calle, con un amigo y me invitó a que repitiera la suerte con un chico de veras. Yo acepté y al día siguiente en la Venta de Cara-Ancha, que sirve de escuela taurina, quedé con un becerro «como los ángeles».

E! toreo más emocionante del «Fenómeno»

—Si no recordamos mal, Gómez Hidalgo en su interesante libro titulado «Belmonte, el misterioso», al referir sus primeras andanzas, declaró que usted, en unión de seis amigos más, pertenecientes todos a la cuadrilla, marchábanse a Tablada por la noche, y allí, a la luz misteriosa de la luna, aprovechando el descuido de guardas y vaqueros, realizaba las más arriesgadas proezas. ¿Es exacto?

—Exactísimo, sí, señor. Allí puede asegurarse que fué donde realicé mi toreo más emocionante.

—¡ Ah ! ¿ Sí ?

—Indudablemente.

—¿Por qué?

—Por las condiciones en que la lidia se efectuaba.

—¿Tendrían ustedes miedo al desperfecto de la indumentaria?

—Ese era el peligro precisamente.

—¿Llevaban ustedes buena ropa?

—No, señor.

—¿Era vieja?

—Tampoco.

—¿Entonces...?

—No llevábamoso ninguna.

—¿Eh?

—Como usted lo oye. Nuestro traje estaba confeccionado con arreglo, no a «la última» moda, sino a «la primera»; a la que Adán implantó en el Paraíso.

—¿Y eso a qué se debía?

—Al río que teníamos que atravesar a nado para llegar donde las reses se hallaban.

—¿Pasarían ustedes la mar de fatigas?

—¡La mar... y el río, sí, señor! Para conservar el terno incólume, nos veíamos precisados a dejarlo en una orilla.

—¿Y no sufrió usted ninguna cogida toreado así?

—Varias.

—¿De consideración?

—¡Ya lo creo! Todavía no he olvidado los apuros que pasé cierta noche. Por poco me muero.

—¿De la lesión producida?

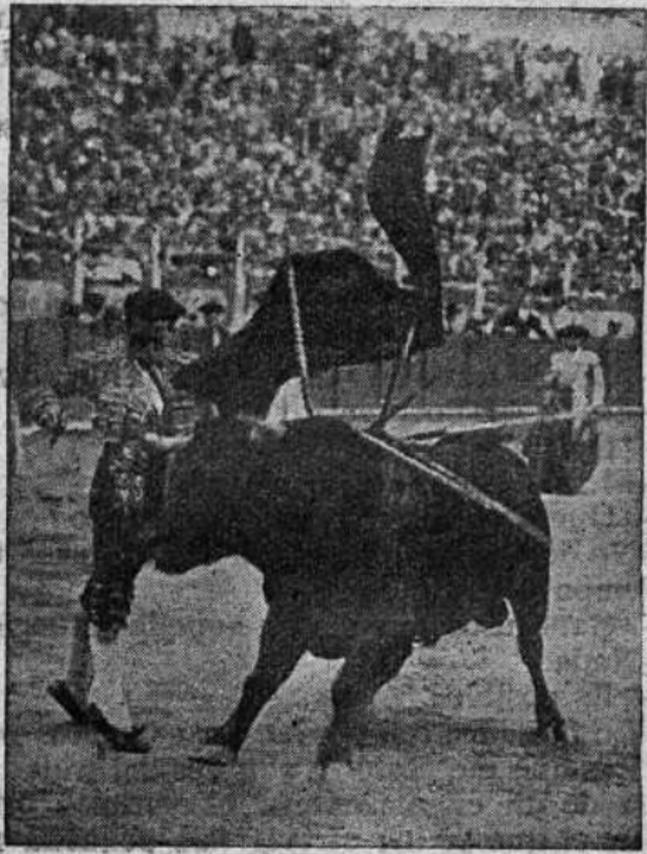
—¡Quiá, no, señor! De vergüenza.

—¡Ah, ya! ¿El que le cogió no fué un toro?

—No. Fué un guarda el que me cogió... la ropa y me tuvo desnudo y sin poder ir a mi casa durante toda la noche.

— ¡ Si que era grave la cogida! ¿Y podían ustedes torear de esta forma?

— ¡ Naturalmente! Y «empapábamos» como nadie. ¿No ve usted que acabábamos de salir del río?



Belmonte en un magnífico pase por alto

— ¿Suponemos que el guarda aprehensor soltaría por fin el terno?

— Con propina.

— ¡ ...!

— Quiero decir que al devolver el terno, soltó dos o tres más.

—¿Dejaría usted de torear en cueros desde entonces?

—No, señor. Poco tiempo después estrené un traje magnífico que me costó treinta y siete pesetas, hecho a la medida y costado con mis ahorros, y con él puesto me fuí, en unión de unos colegas, a ver lo que pasaba con unos Miuras; y uno me desnudó, dejándome casi como en Tablada.

—Sin duda no querían que usted vistiese el traje de luces.

—No. ¡Menos mal que saqué intactos los caireles!

: Los primeros pasos :

—¿Dónde toreó en público por primera vez?

—En Elva (Portugal).

—¿Qué año?

—El mil novecientos nueve.

—¿Quedaría usted bien desde luego?

—No debí quedar muy mal cuando pasó tanto tiempo y estoy aquí.

—¿Ganó usted mucho en aquella actuación?

—Nada.

—¿Es posible?

—Lo que hice fué perder unas cuantas pesetas. Las que me costó el alquiler del traje, que corría de mi cuenta, según el contrato firmado, en el que se me ofrecía una pequeña participación de lo que se sacase, después de cubrir todos los gastos y descontar la ganancia que el empresario tenía ya asignada para sí.

—¡Qué hombre más desinteresado! Eso, más que un contrato, podía considerarse como un timo.

—El timo del portugués.

—¿Sacaría bastante el luso?

—No, porque acudió a la corrida muy poca gente.

—¿Volvió a torear?

—Aquel año, no. Lo pasé rodando por los cerrados, con mis seis camaradas inseparables. Al siguiente, don Fernando Herrera, me sacó en Arahál, la tarde del veinticuatro de julio, con una corrida, sin picadores, y seis bichos de don Antonio Pérez, de Coria, de los cuales, sólo dos debían ser estoqueados. En el primero quedé bien con la muleta; pero al entrar a matar, el toro me dió así con el pitón en la ceja derecha y me la dejó casi toda colgando. Fué un dolor horroroso, pero me negué a entrar en la enfermería hasta no concluir con el morlaco.

—¿Y concluyó?

—De una estocada en las agujas, que lo tiró patas arriba. Empapado en sangre me retiré entonces del ruedo.

—¿Le aplaudirían mucho?

—Bastante. ¡Lo que agradecí y lo que me emocionaron aquellas palmas! Mal curado por un doctor, hoy eminente, volví a aparecer en el anillo, siendo recibido con grandes muestras de entusiasmo por el público. Mas vino la contraria en el toro siguiente, y aún recuerdo la negrura de las fatigas que pasé para quitármelo de encima. Volví a torear, no obstante, otra corrida en la plaza de Sevilla, también sin picadores, y con no buen ganado, en la cual, alternando con «Pilín», banderiller, más tarde, y «Bombita IV», logré «sacarme la espina», experimentando la incómoda satisfacción de que unos cuantos amigos, de pocas carnes, me llevaran a casa en hombros.

Por aquella época la cosa se nos puso tan malamente, que mi padre tuvo que dejar el ne-

gocio y ponerse a buscar trabajo en algo que resultara más práctico y útil. Yo, decidido a contribuir con mi ayuda al sostenimiento de la casa, practiqué gestiones aquí y allá, consiguiendo otras dos corridas más, sin picadores, en Sevilla.

—¿Resultaron bien?

—Mitad y mitad. En la primera quedé regularmente; pero en la segunda estuve muy desgraciado. Debieron matarme. Desesperado, me dejé coger lo menos treinta veces. Oí en cada toro los tres avisos. En fin, una verdadera catástrofe. El público me esperó y me acompañó hasta mi domicilio, igual que el día del «début», pero esta vez gritándome, silbándome, insultándome. La magnitud de este fracaso, por una parte, y por otra, la miseria creciente de los míos, me indujeron al total abandono de mis ilusiones, tanto tiempo acariciadas; y trabajando a destajo en las obras de Tablada, permanecí algún tiempo agarrado a la espiocha, que jamás había visto, llegando a ganar algunos días los diez reales, que era el jornal máximo.

¡Esfuerzo inútil!

Los recursos resultaron insuficientes para el sostenimiento de mi numerosa familia, y las determinaciones radicales y penosas se impusieron.

Una mañana en que no teníamos con qué desayunarnos, mis hermanos más pequeños fueron a parar a un asilo.

Al acercarse la noche de aquel inolvidable y triste día que me pasé trabajando y sin comer, la voz imperativa de mi vocación llevóme a un cerrado, donde unas vacas, viejas y grandes, fueron testigos de mi valor y de mi angustia,



Juan Belmonte en un pase afarolado

sintiendo, al embestir, mi capotillo humedecido por las lágrimas.

Y trabajando y toreando así, hasta el amanecer, en los cerrados, pasé el invierno de mil novecientos once al novecientos doce.

—¿Dormiría usted poco?

—Dos horas nada más.

—¿Le sería a usted difícil levantarse después de la cama?

—¿De la cama? ¡Imposible! ¿No ve usted que me acostaba en el suelo?

Un burro providencial

—¿No contaba usted con algún amigo protector?

—Uno había, para mí estimadísimo, que me ayudaba en lo que sus fuerzas le permitían.

—¿Quién era?

—José María Calderón, del cual no me he separado.

—¿Torero quizá?

—Sí, señor. Siempre figuró como banderillero en mi cuadrilla. Hoy, como por su edad ha perdido facultades, le tengo de puntillero.

—¡Ejemplar comportamiento de gratitud!

—¿Qué menos podía hacer? A él, después de todo, le debo la conquista de mis éxitos en Valencia y con ellos la base de mi porvenir.

—¿A él sólo?

—A él... y a un burro que poseía.

—¿A un burro, dice usted?

—Sí, señor, sí. Le voy a contar cómo ocurrió el lance. Estábamos trabajando en Tablada, cuando, un día, llegó a las obras un recado para mí. Tratábase de un contrato para torear en la ciudad del Turia una corrida económica, sin

picadores, alternando con «España» y «Barquerito de Córdoba».

Me daban poco dinero, dieciséis duros; pero yo en mi afán constante de probar fortuna con los toros, acepté sin vacilación. Mas, ¡ay!, que nos olvidamos de un detalle importantísimo, y era éste: que ninguno de los dos tenía dinero para emprender el viaje. ¿De dónde sacarlo si nada pignorable ni vendible poseíamos? José María Calderón fué entonces para mí la Providencia con guayabera y gorra.

—No te apures—me dijo—. Estamos salvados.

—¿Salvados?

—Sí. Se me ha ocurrido una idea colosal—añadío, sin darse ninguna palmadita en la frente, cosa que me chocó sobre manera, ya que, según los autores dramáticos, este golpecito frontal es indispensable cuando alguien acierta con una ocurrencia feliz.

Viendo su resuelta decisión:

—¿Piensas falsificar los billetes del tren?—le pregunté, alarmado.

—No. Se trata simplemente de un desprendimiento.

—¿Qué dices, José María?

—Voy a vender la única alhaja que me queda.

—¿Cuál?

—El burro.

Y dicho y hecho. Calderón se despojó del asno, cuya venta nos produjo lo suficiente para llegar a Valencia en ferrocarril.

—Fué una buena obra.

—Como de Calderón.

El traje de la cupletista

—Y los gastos de estancia allí, ¿quién los abonó?

—Un amigo de mi compañero que se brindó generosamente a sacarnos del apuro.

—¿De donde se deduce que el hospedaje les salió barato entonces?

—Nos salió barato porque nos salió Caro.

—No lo comprendemos.

—Quiero decir que resultó económico porque nos salió al encuentro don Vicente Caro.

—¡ Ah, vamos ! ¿ Se llamaba así el amigo protector ?

—Precisamente.

—¿ Y qué ocurrió el día del «début» ?

—Ocurrió... que no acabaron ahí los conflictos. Otro bastante más pel'agudo nos quedaba por resolver.

—¿Cuál?

—El del traje.

—¿ No tenía usted vestido para salir a la plaza ?

—No, señor.

—¿ Y cómo se las compuso ?

—Pues aprovechando el ofrecimiento que me hizo una cupletista, hospedada en la misma fonda.

—No te apures—me dijo—. Tú eres chiquitillo y mi ropa te estará bien. Vas a verlo.

Y acto seguido, me sacó un traje de luces que ella utilizaba para cantar cierto cuplé en el teatro.

—¿ Y se lo probó ?

—¡ Claro que sí ! Y fué el que lucí ante los toros, el día de la corrida que, por cierto, constituyó un gran éxito par mí en su primera par-

te, Digo esto porque no la pude acabar, a causa de una cornada de cinco centímetros de extensión, por cinco de profundidad, con que un toro me mandó a la enfermería.



Belmonte en el balcón de su casa

—¡Arreglado quedaría el vestido de la «cu-pletera»!

—¡Figúrese usted!

—¿Suponemos que no le quedarían ganas de volver a prestarle el vestido a nadie?

—Aquel, por lo menos, me parece que no.

A la luna de Valencia

- ¿Era grave la herida?
- No, pero sí bastante molesta.
- ¿Dónde se curó?
- En una sala de pago del Hospital, cuyos gastos costearon el generoso don Vicente Caro y otros varios admiradores.
- ¿Estuvo usted hospitalizado durante mucho tiempo?
- Un mes próximamentè.
- Y al salir, ¿no le ofreció el empresario nuevas contratas?
- Sí. Me habló de actuar en dos becerradas nocturnas, pagándomelas al mismo precio de la anterior, o sea a dieciséis duros cada una.
- ¿Y usted aceptó?
- ¡ Naturalmente ! ¡ Con menudo coraje hacia los toros salí yo del Hospital !
- Fué allí donde empezó usted a levantar al público de sus asientos?
- En Levante, sí, señor. Aún recuerdo emocionado los aplausos que me prodigó el bondadoso público de Valencia, viéndome torear a la luz de la luna.
- ¿ De modo que usted es quizá el único mortal que consiguió quedar muy bien « a la luna de Valencia » ?
- Cierto. Con ella entré en el cuarto creciente de mi vida, llegando a colocarme la fama en sus cuernos.
- Eso en usted, tan cerca de ellos siempre, no es extraño.
- La gente empezó a hablar de mí. La prensa valenciana me llenó de elogios que nunca agradeceré bastante, ya que por ellos conseguí que se realizase, al fin, mi sueño dorado, lo que yo

tanto anhelaba: torear en Sevilla. Sin duda, al leer los periódicos de Valencia, don Carlos Vázquez pensó: «¿Será verdad que Juan hizo todo eso? Pronto lo vamos a ver». Y seguidamente me puso un telegrama en el que me decía:

«Para corrida con picadores, organizada beneficio Hermandad San Bernardo, día 12 julio próximo, con ganado Tovar y diestros «Larita» y «Posada», cuento contigo.

¡Para que les voy a ustedes a contar lo que me alegré!

Al día siguiente mismo, porque no pudo ser antes, tomé el tren para mi tierra donde me vi enseguida rodeado de admiradores que no me dejaban ni a sol ni a sombra, entre los cuales había muchos de los que antes se burlaban de mí.

: El «escándalo» :

—Y amaneció el doce de julio, día de la corrida.

—¿Será de gran emoción para usted?

—¡Enorme! Ni oía, ni veía, ni entendía. Sólo pensaba en la hora de salir al anillo sagrado, donde tantas glorias taurinas habían cimentado anteriormente sus pedestales, hasta que pisó la arena el primero de los toros que me correspondían, que era negro, buen mozo y desarrollado de cuerna. Lo que hice con la muleta y con el capote no lo sé. Lo cierto es que la concurrencia no cesó de jalearme, ni de tocarme las palmas y, según al decir de cuantos me vieron, aquella tarde estuve bastante bien.

—¡Ya lo creo! ¡Como que salieron a relucir los nombres de Frascuelo, Lagartijo, Guerra y no sé cuantos más, sacándose consecuencias,

muy desfavorables, por cierto, para los «fenómenos» de la antigüedad.

—No me choca. Ya sabe usted que mis paisanos exageran un poquillo.

—En este caso no exageraban, Juan. Sus faenas de aquel día, como tantas y tantas otras ejecutadas después, fueron sencillamente admirables por su clásico sabor y por su originalidad. Por su «originalidad», sí, puesto que su escuela de toreo era completamente desconocida para todos. Hasta entonces nunca se había visto en las verónicas traerse al toro rozando la pechera con los pitones, para después darle la salida por el costado, incrustando la cintura en los costillares. ¡Qué diferencia de aquellas otras tan aplaudidas, que daban, a cinco metros del bicho, todos los «ases» de la época!

—¡Bah! Eso no tiene importancia—arguye Belmonte. Y esta afirmación de modestia es emitida por el coloso de la emoción siempre que de su valor se trata, con naturalidad cautivadora y sorprendente, por lo inverosímil y extraña que resulte en estos tiempos de hipócrita humildad y soberbia egolatría.

—¿Ganó usted mucho dinero en esta tarde triunfal?—seguimos preguntándole.

—Setenta duros. Cincuenta que me dió el empresario y veinte don Francisco Herrera, a quien le brindé la muerte de un toro.

—¿Correría usted el gran juergazo con tanto dinero?

—No, señor. Lo primero que hice en cuanto lo cogí fué sacar a mis hermanos pequeños del asilo y llevármelos con toda la familia a cenar al Pasaje.

—¡Hermoso rasgo que acredita la nobleza de su corazón grande, muy grande, como debe ser el corazón de un torero!



Juan Belmonte en el *paseo* durante una corrida en la que presentóse como rejoneador

—A partir de aquí la suerte no me abandonó, y poco después de torear en Ecija, donde gusté tanto que me sacaron en hombros, y, al marcharme, medio pueblo, en man festación, bajó conmigo a la estación a despedirme, la empresa de Sanlúcar me ofreció ¡mil quinientas pesetas! por una corrida. Tampoco allí quedé malamente. Recuerdo que al acabar, la fonda se llenó de amigos y admiradores que se empeñaban en organizar aquella misma noche una cena de honor para festejar mi triunfo.

—¿Y llegó a celebrarse?

—No porque yo me escabullí y, sin que se dieran cuenta, tomé el olivo por una puerta de escape, yéndome a un ventorro inmediato, donde pasé la noche bailando con una chavalilla, en medio del anónimo más feliz y tranquilizador.

¡A la plaza grande!

La plaza «grande» para los toreros, digan lo que quieran las estadísticas, es, ha sido y será siempre, la de Madrid, y no por su cabida precisamente, pues las hay mayores (en la de Valencia sin ir más lejos, caben, según el aforo, tres mil personas más que en la de Madrid). Su abolengo, su historial y su importancia, bastan para elevarla a esa categoría.

El ideal de todos los toreros, su aspiración suprema, es actuar en el circo de la carretera de Aragón, convencidos de que el espaldarazo consagrador, sólo en ella pueden recibirlo. Lo prueba el que las alternativas no son válidas para la afición, mientras no vienen debidamente revisadas y legalizadas por el público de Madrid.

Juan Belmonte no podía ser la excepción de esta regla, que no tiene ninguna.

Como todos, deseaba con vehemencia la ocasión de su matrícula oficial en la cátedra taurina de la corte.

Y la matrícula, que fué «de honor», efectuóse, al fin.

—¿Cuándo? — le interrogamos al «fenómeno».

Belmonte hace una pausa para recordar, como siempre que de fechas se habla.

—Su memoria—observamos—es, por lo visto, refractaria a las cifras.

—Verdad que sí—nos responde—. No puedo con las estadísticas.

—Eso demuestra su buen gusto—aduce Gómez Hidalgo.

Media Casado, informador.

—En Madrid—dice—debutó como novillero el veintiséis de marzo, de mil novecientos trece, lidiando, en unión de Posada, cinco reses de Santa Coloma y una de García Lama.

—Recordamos la expectación que produjo.

—Como que hasta salieron algunos periodistas de Madrid para tomar el tren que nos conducía e entrevistarnos en el camino.

—«El Duende de la Colegiata» fué uno.

—Efectivamente. En el *Heraldo de Madrid* se publicó la víspera de la corrida una extensa información con fotografías, de la llegada de los «fenómenos», como nos llamaban entonces a Posada y a mí.

—¡ El triunfo fué tremendo !

—¡ Inenarrable !

—¡ Colosal !

—¡ Justísimo !—exclaman a coro los circunstantes.

—¡ Bah ! ¡ No tuvo importancia ;—añade Juan, fiel a su impasible condición modestísima.

Nosotros, espectadores afortunados de aquella corrida inolvidable, debatimos con los compañeros presentes, rememorando, deleitadísimos, tan fausto acontecimiento, y se recuerda el juicio unánime de la crítica que le extendió desde aquel instante la credencial de «legítimo asombro» presente.

El triunfo más halagador

Metidos a comentar el número infinito de sus victorias, se nos ocurre dirle una pregunta, que juzgamos de gran interés:

—¿Cuál es de todos sus triunfos el que más le halaga, Juan?

—Hombre, no sé... Muchos.

—Alguno habrá que se destaque de los demás en su gratitud y en su memoria.

—Ciertamente. Uno existe que recuerdo con satisfacción inocultable.

—¿Se puede saber?

—¿Por qué no? El de la corrida del Montepío, en julio del año mil novecientos diez y siete, toreando ganado de Concha y Sierra, con Gaona y Joselito. ¿Se acuerdan ustedes?

—¿Quién es capaz de olvidarlo? El público estaba «de uñas» contra usted.

—Con razón. Llevaba una temporada malísima en que nada me salía bien.

—Cada vez que metía el capote: «¡Fuera ese! ¡Que se vaya y no vuelva!», le gritaban. Y usted, con la cabeza baja y el percal inactivo, resignábase esperando, esperando siempre. Hasta que salió el último y resurgió más potente y avasallador que nunca, su dominio portentoso del toreo. Joselito y Gaona, a quienes se había concedido orejas y ovaciones entusiasmadas durante la lidia de los bichos anteriores,

mostrábase aquel día apoteósicos en la cumbre de su gloria, inigualable al parecer. Pero pisó la arena el que cerraba plaza, el que le correspondía a usted, y ya los labios no pronunciaron desde entonces más que dos pala-



Belmonte toreando de salón

bras: ¡Viva Belmonte! Las trece mil trece manos de los concurrentes (suponiendo que ninguno fuese manco), juntáronse en ovación clamorosa, hasta atronar el espacio, sin cesar en su plausible tarea ni un solo segundo. Cada

lance de capa, cada quite, cada pase de muleta, provocaba en el público un «insulto» general de admiración: «¡Que bárbaro! ¡Qué animal! ¡Qué bruto!» Y una emoción indescriptible estremecía las carnes. En realidad, la faena que hizo usted, Juan, con aquel toro, pertenece a la serie de las que no se vuelven a ver más.

—Creo que es la faena mejor de toda mi vida—resume Belmonte, con natural convencimiento.

Una cogida de importancia :

—¿Sufrió usted muchas cogidas?

—Muchas. Una enormidad.

—Por eso indudablemente dijo, refiriéndose a usted, el inolvidable Mariano de Cavia, en uno de sus geniales «Despachos del otro mundo», firmado por Francisco Montes (Paquiro):

«Siempre dije a los principiantes, si querían torear y estoquera a ley: «Muchachos, dejarse »coger»... El niño Belmonte será a no será. ¡Vayais ustedes a saber! Tan y mientras cumple mi mandato de chipén u dígase de verdad».

—¡Pobre «Sobaquillo»!

—¿Habrá usted perdido gran número de corridas por esta causa?

—¡Un horror!

—¡Casi tantas como ha toreado!—puntualiza «Don Pepe»—. Oye y deduce. En mil novecientos catorce, tuvo contratadas ciento seis corridas y sólo pudo torear setenta y seis, y en mil novecientos quince, ciento diez, y no actuó más que en setenta y nueve.

—Poco toreros habrá que hayan perdido tanto.

—Muy pocos.

—Y que hayan ganado más ninguno. A ciento diez corridas no llegó jamás ni el infortunado José.

—¿Cuál fué de sus percances el de mayor consideración?

—El padecido en Sevilla, durante la temporada de mil novecientos veintiuno. Fué una cornada muy peligrosa. Me entró por debajo de la barbilla y me salió por aquí, estropeándome todos los dientes y colmillos de la mandíbula inferior.

Belmonte, al decir esto, nos muestra, abriendo la boca, su dentadura deforme.

Al mirarla, nuestra imaginación reconstituye la trágica escena del fatal acontecimiento y sentimos el cuerpo atacado por un escalofrío.

—¡Dolorosa sería la cura!

—Bastante.

—Las cogidas a Juan—prosigue Casado—, aun siendo en la boca, no le hacen mella. ¡Si vieras el valor inalterable y frío con que resiste las curas más encarnizadas y terribles!

—¿¡ Ah, sí!?

—Nunca se queja. Me acuerdo que en cierta ocasión vi como el doctor Serrano le curaba un puntazo recibido en el pecho; y al observar su mutismo impasible, le pregunté: «Pero ¿no te duele?» «S», me contestó. «¿Por qué no te quejas entonces?», insistí. «¿Y qué adelanto con quejarme?», replicó él, muy tranquilo.

Confidencias curiosas

—¿Dónde y cómo se le ocurrió a usted el famoso molinete de su exclusiva invención?

—En la plaza de Sevilla, el día de mi primer triunfo grande. Era uno de esos toros ideales

que nos emborrachan con su nobleza, haciéndonos olvidar toda posibilidad de peligro. Yo había ya agotado con él mi repertorio de lances y no sabía qué hacer, cuando se me ocurrió eso.

—¿Cuál es su ganadería predilecta?

—Difícil es de precisar lo que pregunta, porque todas las ganaderías tienen toros malos y buenos que nos proporcionan éxitos y fracasos. Yo, por ejemplo, podría consignar que los toros de Santa Coloma son los mejores, porque con ellos obtuve la primera victoria de mi vida. Sin embargo, el que me produjo la herida de más importancia, de Santa Coloma fué también. ¡Vaya usted a atar cabos!

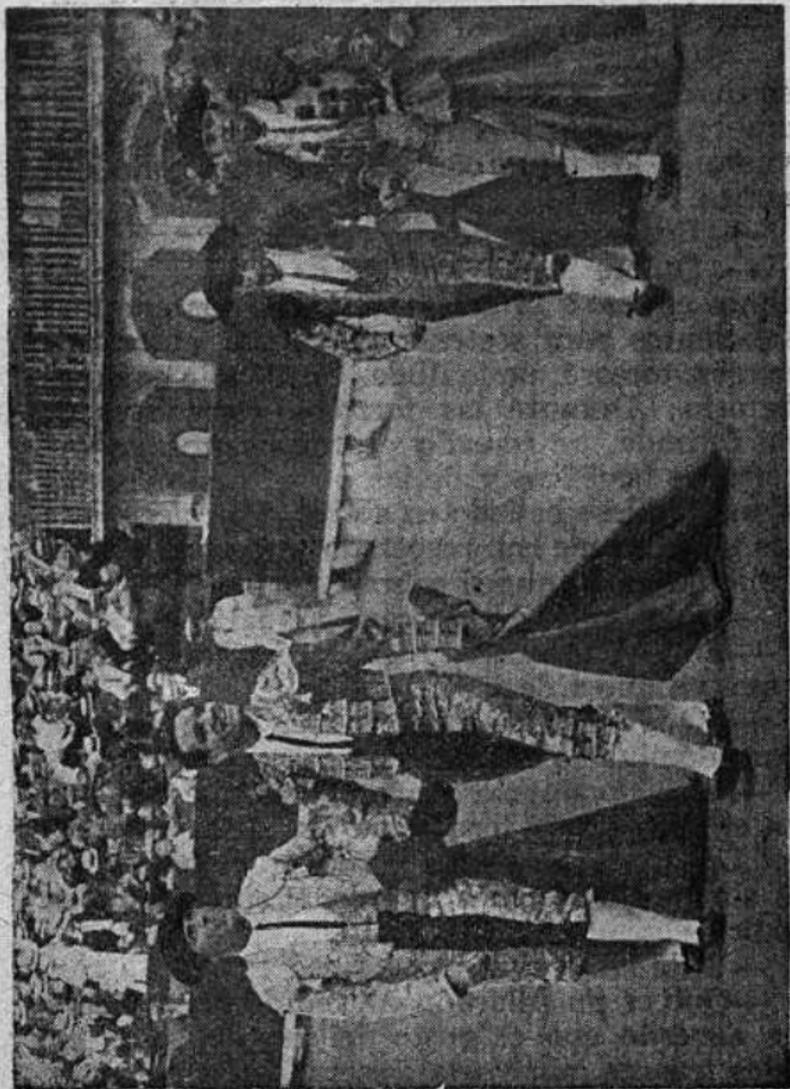
La presencia en la sala de sus hijas, dos preciosas y angelicales criaturas, una de las cuales entra dándose polvos con la borla de su mamá, me sugiere una interrogación que inmediatamente formulo.

—Dicen—le expongo—que el matrimonio, y sobre todo los hijos, roban el valor a los toreros tornándoles medrosos y amantes de la pelleja. Supongo que usted, teniendo en casa estos dos ángeles, también se habrá dejado influir algo por esta circunstancia.

—No lo crea.

—¿Es posible que no se acuerde usted de ellos cuando está delante del toro?

—Delante del toro no se acuerda uno de nadie más que del toro. Ni siquiera del hambre que hay que pasar cuando uno no se arrina, para lo cual no faltan nunca pretextos. Esto de la familia es uno de los más socorridos para aquellos que, ocultando su pánico, se presentan como sentimentales porque no tienen afición verdadera. Yo, por fortuna para mí, no soy de esos, aunque hubo una época, hace al-



Belmonte, dando la vuelta al ruedo, obligado por las aclamaciones del público que le ovaciona después de una gran faena

gunos años, en que me dió por presumir de no tener afición, y les prohibía a cuantos venían a verme que se hablase de toros delante de mí.

—¿Se habrá usted convencido de su error?

—Sí. Estos dos años que estuve sin torear, sirvieron para desengañarme de que la afición era en mí más fuerte que la voluntad. Y he vuelto a los toros con mayor entusiasmo que nunca.

—¿Entonces lo de su retirada...?

—¿Quiere usted callarse? ¿Quién piensa ahora en eso? Mientras conserve las energías suficientes para sostener el capote entre mis manos, torearé, no lo dude. Un detalle comprobatorio: Durante las forzosas vacaciones de mi retirada, he toreado gratuitamente, en becerradas benéficas y de las otras, casi más que si me hubiese hallado en activo. Por cierto que los toros no me han respetado y me han cogido de igual modo que si cobrase.

—¿Qué opina de la torería actual?

—Todos me parecen bien. De los compañeros ¿qué va uno a decir?

—¿Qué es a su juicio lo que debe hacerse para dominar a los toros?

—Para dominarlos no hay más que ponerse en el sitio. Cada toro tiene «su sitio» diferente. La cuestión es saberlo buscar y ponerse en él sin que le dejen a uno en el sitio, como es lógico.

—Y de las orejas, ¿qué dice?

—Que es un galardón concedido pocas veces de acuerdo con el gusto del espada, que, en tales trances, por regla general, no suele estar muy satisfecho de su labor.

—¿Encuentra usted bien la costumbre provinciana de que la música amenice determinadas suertes ejecutadas por el matador?

—Sí. Y creo que la música, por lo mucho que anima y por ser muy del ambiente de la fiesta, debería estar tocando siempre. Además, hay toros «filarmónicos» que ayudan no poco a quedar bien.

—¿A qué se debió su retirada, efectuada en Lima el veintiuno de agosto, de mil novecientos veintidós?

—Pues a una ocurrencia de este empresario que, con objeto de llamar la atención, me pidió permiso para anunciar mi despedida del toreo. Yo, sin darle importancia, accedí, y como, por lo visto, la gente se lo creyó y dejaron de contratarme, pues me pasé cerca de tres años junto a los míos sin que en realidad me despidiese de nadie.

—¿Recuerda usted la cantidad de toros que, sobre poco más o menos, lleva matados?

—Ya le he dicho que a mí eso de los números se me resiste.

—Puede calcularse fácilmente. Verás—exclama Casado, tirando de estilográfica y apuntando las cifras en un papel—. De novillero, toreaste en los años mil novecientos nueve, diez y once, ocho corridas; en mil novecientos doce, veinticinco; en mil novecientos trece, treinta y cinco, y luego de matador de toros, desde que tomaste la alternativa, el diez y seis de octubre de mil novecientos trece, de manos de Machaquito y Rafael «Gallo», hasta la fecha, poniendo a noventa corridas cada temporada, desde el novecientos diez y seis al veintidós, ambos inclusive, son seiscientas treinta, más veintiocho, toreadas el año actual, y ciento sesenta y cuatro de los años novecientos trece, catorce y quince, da un total de ochocientas veintidós corridas de toros. Añadamos a esta cifra las sesenta y ocho de novillos, y resulta

rán; ochocientas noventa corridas, que, a dos toros cada una, arrojan la respetable cantidad de mil setecientos ochenta toros muertos. Puedes, pues, decir que cerca de dos mil y no te equivocarás.

Después de este cálculo «ináudico» que satisface nuestra curiosidad, nos despedimos de Belmonte, el revolucionador del toro, que, debilitado aún por la operación reciente, le recuerda al doctor Serrano la hora de la inyección.

Y allí queda, aguardando la molestia de un pinchazo que le devuelva la salud, quien con una estocada supo tantas veces trastornar el juicio de millares de personas.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE

Madrid, 25 de noviembre de 1925.

Número 4 de

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

día 10 de Enero de 1926.

PABLO LALANDA

Biografía -- Anécdotas -- Fotografías

Postal firmada por el diestro.

30 céntimos.

CELEBRIDADES DE VARIETES

- | | |
|--------------------------|------------------------|
| N.º 1. Ramper (2.ª edi.) | N.º 9. La Goya |
| » 2. Mercedes Serós | » 10. Casimiro Ortas |
| » 3. Elvira de Amaya | » 11. Spaventa |
| » 4. Lepe | » 12. Pastora Imperio |
| » 5. Argentinita | » 13. Amalia de Isaura |
| » 6. Chelito | » 14. Lolita Méndez |
| » 7. Luis Esteso | » 15. Rico y Alex |
| » 8. Pilar Alonso | |

CELEBRIDADES DEL TEATRO

- | | |
|---------------------|------------------------|
| N.º 1. Miguel Fleta | N.º 3. Margarita Xirgu |
| » 2. Enrique Borrás | |

Únicas publicaciones en su género, que ponen en contacto el alma del artista con la de sus admiradores, por medio de entrevistas verdaderas, las cuales constituirán en breve, una verdadera

BIBLIOTECA DE ORO

por ser el archivo obligado de todos los artistas de fama del arte cómico, dramático y frívolo.

Cubiertas a varias tintas. Literatura selecta. Reproducción de fotografías particulares e inéditas. En cada librito se obsequia a los lectores con una elegante tarjeta postal firmada y dedicada por el artista.

Sólo cuesta 30 céntimos cada ejemplar

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS - Calabria, 96 - Barcelona

Solicitamos corresponsales

BILDERBUCHS DE VARIETES

N.º 1	Madame de ...	N.º 11	...
N.º 2	Monsieur de ...	N.º 12	...
N.º 3	Le ...	N.º 13	...
N.º 4	Argentan	N.º 14	...
N.º 5	...	N.º 15	...
N.º 6	...	N.º 16	...
N.º 7	...	N.º 17	...
N.º 8	...	N.º 18	...
N.º 9	...	N.º 19	...
N.º 10	...	N.º 20	...

CELEBRIDADES DEL TEATRO

N.º 1	Miguel Fleta	N.º 11	Margarita Xirgu
N.º 2	Enrique Bertrán	N.º 12	...

El teatro es un arte que ha existido desde los tiempos más antiguos. En el teatro se representa la vida humana en sus aspectos más interesantes y dramáticos. El teatro es un arte que ha evolucionado a lo largo de la historia, desde las representaciones religiosas hasta el teatro moderno.

BIBLIOTECA DE ORO

Por ser el teatro el arte más popular y más querido por el pueblo, esta biblioteca de teatro ofrece una selección de obras que han marcado la historia del teatro.

Cada libro de esta biblioteca contiene una obra de teatro completa, con introducción y notas. Las obras están seleccionadas por su importancia y su valor artístico.

Sólo cuesta 30 céntimos cada volumen.

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS - Calles 68 - Barcelona.
Solicítanos correspondencia.

Encomendado por el Sr. ...

21750

